



Gabriel de Lautrec

El muro

Traducción Rubén Molina Martínez

A Albert Lenoir

Hasta donde alcanza la memoria, esa humanidad se había cobijado bajo tiendas, como bajo una vestidura exterior. Tenían miedo del infinito a su alrededor y querían esconderse de su mirada. Sus primeras moradas fueron de una tela frágil que la arena del desierto, llegada desde lo profundo del horizonte, arañaba incansablemente. Los primeros pastores habían plantado en el suelo el bastón recurvo con el que, en su marcha, dirigían a los rebaños. Sus mantos, colocados sobre esta ingenua estructura, colgando a cada lado, fueron los muros tras los que resguardaron el misterio de su vida; el viento, que penetraba por los resquicios oblicuos, hacía llamear el hogar, en el centro, sobre dos piedras negras. A su alrededor, la familia se acuclilló y se creó.

Cuando hubieron encontrado abrigo, echaron de menos, humanos ya, la visión de las hojas y las nubes y de los animales a los que antaño, al vivir con ellos, veían apresurarse hacia las montañas o correr por la planicie variada. Para distraerse, decoraron el interior de su habitáculo disponiendo ramas verdes. Las plumas de las aves y las pieles de las bestias se extendieron por las paredes. Cuando, más tarde, el arte nació, los pintores imitaron la mentira de los objetos. El tapiz más suntuoso evoca el recuerdo debilitado, borrado en el muro, de las ramas de los árboles que cubrieron, en las épocas intermedias, el interior de las moradas humanas, para perpetuar ante la vista, a puerta cerrada, el paisaje de más allá. Y el mismo símbolo se concretaba en los monumentos más altivos que la ciencia de los tiempos pasados hacía construir. El hombre se había multiplicado. Encuentros de genio habían presentado ante los ojos de los sabios las ideas futuras. El alma de la humanidad había crecido con las moradas de la humanidad. De una parte a otra del globo, los pensamientos y las sensaciones volaban sobre alas de

fuego. Una ciudad desmesurada había nacido de las ciudades dispersas. Ya no había campos, y los montes habían inclinado su orgullo. Pero una ciudad universal, que franqueaba los torrentes y los desiertos, sembró lentamente sobre el planeta sus columnas y sus palacios.

Los muros de esos palacios dominaban la ciudad y resplandecían en el exterior grandioso como un sueño callado. Se prolongaban, hacia el cielo inmutable, líneas horizontales que se fundían, a su paso, con las nubes del mismo blanco delicado, formando bóvedas lentamente metamorfoseadas. Había hombres que, sentados en las terrazas, a partir de la forma de estas volutas, predecían el futuro. Había sacerdotes en los cruces, con varitas de espino en sus manos y tortuosas joyas colgando del cuello, que salmodiaban cuando pasaba alguien. Su mancha negra, en la parte baja de los muros, era pintoresca. Fluían fuentes entre dos paredes, y se veía otra galería subterránea, con cimas que temblaban reflejadas en el agua. Y esta blancura, que vista de lejos daba a la ciudad grandiosa el aspecto de un gigantesco campo de batalla en el que ejércitos de dioses muertos hubieran dejado sus osamentas de marfil, estaba, en su interior, recubierta de pinturas de los matices más nuevos. Más allá del violeta y más allá del rojo, la gama de colores se mostraba en todo su esplendor. Estaba realmente al borde de sus moradas, como un doble de su vida real, menos profundo, más trivial, que amaron por su silencio y duración.

Aquellos que, de tiempos antiguos, conservaban la niñez que, en el corazón de algunos, incluso en su vejez, jamás muere, prácticamente vivieron a partir de entonces de la vida muda de las imágenes que nunca han respirado. Se vio a adolescentes prendados de una musa pintada y a poetas celebrar con mesura, tañendo cuerdas nuevas, quimeras cuyo nombre, ni tan siquiera la imagen, estaba trazado en las fachadas de los santuarios.



Cuatro ciudades simbólicas finiseculares

¿Quién dirá dónde acaba la muerte, así como dónde comienza la vida? Si Aquel que hace todas las cosas creó a seres con consciencia o que, al menos, creen tener una consciencia fugitiva como un trazo de color o el eco de un sonido, ¿por qué habría de negarse esta consciencia a las creaciones más imperfectas del hombre? ¿Acaso no es la vida similar al licor de rubí que cada uno lleva entre sus dos manos ahuecadas en copa y del que bastaría con dejar caer una gota sobre el suelo para hacer surgir una flor de vida? La figura torpe que dibujamos sobre el papel porta una personalidad. Es un alma tanto más sutil cuanto que la forma es más imperfecta y sus sensaciones, escasas. Pero el cuadro de un gran artista ya respira. Tal imagen de santa, las manos alzadas, piensa en el paraíso perdido. No tiene más que un gesto, su pensamiento, eterno y simple; es una existencia carente de profundidad, pero dotada de un profundo encanto. ¿Acaso no hemos, durante horas, en las noches apenas atenuadas por una lamparilla, con la mirada fija, contemplado las flores triviales de los tapices en que el demonio de las imágenes nos hacía ver formas fantásticas y verosímiles que parecían surgir del muro? Y los monstruos de piedra que sobresalen en voladizo de las torres ojivales, como risotadas del monumento, ¿acaso pensáis que no tienen un alma, a fuerza de ser contemplados, en los recodos de las calles, por la multitud que alza el rostro, días o no de guardar, hacia el campanario? Pero no tienen más pensamiento que la lluvia, el sol, el viento, ni más visiones que la de las aves que pasan ante ellos, en el espacio, profiriendo agudos graznidos. Toda palabra pronunciada y toda línea trazada tienen un alma que las sigue, como las sombras temerosas seguían a la varita de oro al borde del Érebo negro. La vida está en todas partes; cada uno siembra en el espacio formas y sonidos. Y a aquel que se ha vuelto loco por haber fantaseado demasiado con su obra, lo que le ocurre es que su alma lo ha

abandonado para ir a animar la obra que creó. Una amante infiel, vanidosa por el hermoso castillo que el rey mandó erigir para ella, abandona a aquel que la ama para encerrarse tras las puertas de oro.

Nada muere. El infinito circula a través de las cosas finitas. Y este pueblo había tenido el sentido divino de multiplicar a su alrededor las formas de la existencia. Se veía, en sus moradas, junto a pinturas de las que sobresalen con vivos colores los guerreros con caballos bardados, los frescos ligeros que se asemejan a vírgenes envueltas en túnicas transparentes. Superficies de oro apagado cubrían el espacio entre dos puertas con columnas de pórvido; sobre el oro mate interrumpido por rostros pálidos, había manos que portaban tiorbas. Las bailarinas, a lo largo de las salas, despleaban sus teorías. En los templos, desnudos y divinos, los objetos de culto estaban representados sobre los muros. Lo único real era, en medio del santuario, sobre una mesa de pesado ébano, una copa de un metal desconocido.

Estos templos eran numerosos y estaban bordeados de columnas de mármol que tenían a su alrededor, a altura humana, bandas de tela negra sobre las que los símbolos de la inmortalidad se dibujaban con líneas de plata. Entre las columnas fluía el movimiento silencioso del pueblo. Las bocas pronunciaban palabras mágicas. Al fondo del templo había un muro, desde el suelo hasta las bóvedas y de un ala a la otra. Se alzaba allí, como una gran página vacía.

La religión de este pueblo era similar al muro. No se atrevían a reconocer la figura de un dios limitado. ¡Tantas veces se habían equivocado los pintores que, en el fondo de los coros, con pincel piadoso, habían evocado la imagen del adorado pintando elaboradas carnes! Sus ídolos ilustrados habían durado poco. Cada mil años, alguien llegaba y con su mano, mojada en los arroyos errantes, borraba la imagen del muro. Pero el mismo viajero,



Cuatro ciudades simbólicas finiseculares

en el mismo lugar, instauraba el rostro de otro dios.

Muchos de estos templos se encontraban a orillas del mar y, sin embargo, estaban rodeados de jardines con setos vivaces donde los misterios debían consumarse. Se oían, en las tardes de hojas agitadas y las noches maravillosas de insomnio, suspiros y sollozos. Al fondo de las galerías pasaban sacerdotisas con lámparas. Los sirvientes, con gran prisa, iban a buscar las arpas y las flautas labradas en la dócil madera negra. El viento llevaba hasta el mar, como un ligero homenaje, el olor de la mirra. El mar estaba allá, vasto aliento, el mar monótono sobre el que las nubes bajas levantan vanos monumentos.

En dirección opuesta al mar, se extendía la ciudad. Se expandió hacia la gran línea curva, ascendió las montañas, depositando en sus faldas racimos de humanidad. Una multitud gesticulaba en las calles, se veían brazos alzarse y apenas se oían gritos. Se abrían ventanas sobre el aire tierno. El silencio de esta ciudad sobrehumana clamaba en el infinito, y los pájaros errantes caían muertos de terror cuando sus alas venían a rozar las puertas de hierro con pesadas aldabas. El campo en el que, entre el murmullo de las hojas, volaban libres desaparecía todos los días. La tierra, ese ser viviente, se sentía poco a poco devorada por una lepra de mármol. Y las viviendas aisladas eran jalones colocados a lo largo del camino hacia el horizonte; así, las primeras casas, en el campo, en las cercanías de nuestras ciudades, acuden dispersas al encuentro del viajero para darle la bienvenida antes de la masa de tejados apretados.

Llegaron hasta el final del mundo, más allá de donde no hay tierra alguna antes de la caída al vacío. Y el cielo apareció arriba y abajo. La vida y la humanidad habían alcanzado su último hito. Guiados por la locura humana de encerrarse sin cesar y buscar puerilmente sobre la tela de la estrecha tienda el reflejo de la inmensidad, en lugar

de tender los brazos a lo ancho hacia esa misma inmensidad, se les ocurrió la vana idea de construir al borde del abismo la muralla suprema en la que algún niño divino podría, en un paseo ocioso, trazar de manera torpe su nombre con un carbón consumido. Este muro debía resumir el esfuerzo. Fue similar a ese muro oscuro que los hombres de tiempos pasados imaginaban en el horizonte del espacio, cuando aún no sabían que el espacio es infinito. Trajeron bloques de piedra y de hierro. Una poderosa voluntad elevó las pesadas cargas. En los tiempos antiguos se manifestaba en palabras musicales la energía de los magos. Un solo gesto hace que todo se mueva. Bajo el sol y bajo la lluvia temblorosa, esclavos arquearon su espalda fatigada. Desaparecieron generaciones, extenuadas como tribus de hebreos. Y esta muralla recordó con armonía los monumentos del viejo Egipto. La humanidad, salida de la cuna, había colocado, por adivinación, las pirámides en el centro del mundo conocido. Ahora, en el crepúsculo, un muro inmenso seguía la curvatura del horizonte, alejado del centro en virtud del rito de las ondulaciones que provoca una piedra lanzada al agua.

El sol se levantaba tras el muro y, durante toda la jornada, su ojo triste erraba sobre la ciudad sucesivamente. Por la tarde, se inclinaba hacia el mar, donde su globo rojo se deformaba, antorcha que una mano deja caer y se estrella contra el suelo. Los frontones agudos de las viviendas conservaban aún en su punto más alto una doradura de claridad. Abajo, en las inextricables calles, la multitud se movía ya entre la negrura. En esa hora trágica anterior a la noche, la silueta de la ciudad entera se recortó en líneas de érebo sobre la blancura póstuma del muro. Entonces, aquellos que con sus manos y sus pechos jadeantes habían izado los bloques de mármol y los habían superpuesto hacia el firmamento, se reunieron al borde de la ciudad y empezaron a gemir.



Cuatro ciudades simbólicas finiseculares

Sus manos convulsivas cubrieron sus ojos. El arrepentimiento, ese dios apagado, nació en sus corazones. Frente a la obra altiva, acababan de acordarse del pequeño muro de piedras secas que una cabra de Galilea podía franquear y que, recubierto de vid y hiedra, encerraba antaño el dominio de su felicidad pueril.

En la plataforma más alta se encontraba una capilla consagrada a Eróstrato. Los sacerdotes que, como en todos los tiempos, se sucedían ante el fuego, lámpara de iglesia católica o antorcha latina de las vestales, recibieron de las manos de la multitud errante, con las rodillas desgastadas, oraciones, incienso, oro. La única ventana ojival, en las paredes lisas del templo, era un ojo escarlata abierto. Hubo hombres que pasaron los días tendidos sobre las plataformas, en distintas actitudes que hablaban de la misma inquietud. Se habían envuelto en sus mantos, y las mujeres, al alba, no olvidaban, ante un espejo, los cuidados pueriles. Hasta el día en que una de ellas creyó distinguir, como llegada del espacio, una ligera sombra en su espejo. ¿Qué dios feroz y vagabundo, respirando por su boca, lo había ensombrecido? Los sacerdotes reavivaron bajo las mirras los carbones ardientes. Cuando cayó el manto crepuscular,

todo el pueblo se levantó, en un último esfuerzo algo fatigado. Pero, de repente, a unas profundidades incalculables, como otra gran página en blanco, en las nubes, un muro irreal se alzó.

Vanos fueron los gritos mesurados de los sacerdotes, vanas las súplicas de la multitud maravillada. Tras la visión, nada más ocurrió. Apenas si, sobre la pantalla vacía, pasaron, insospechados, los humos grises de las copas de perfume y de las hogueras. El enigma desvaído duró hasta que se hizo de día. Hacia el alba, se desvaneció, y el pueblo, lentamente, con el corazón ahora solo para siempre, se encaminó hacia la ciudad. La tristeza humana respiró. El misterio, una vez más, había guardado fielmente la palabra dada otrora, y el dios futuro seguía siendo futuro. Pues no se podía acoger si no era con sonrisas, en medio de la duda universal, el cuento de un adolescente perdido en la multitud y turbado por el recuerdo de las hermosas leyendas con las que, en lugar de con historias groseras, se acunaba el sueño ligero de los niños. Decía haber atisbado, en lo que dura una nota musical, sobre el muro, una forma de mujer inmóvil, envuelta en un velo de pliegues numerosos, y que llevaba sobre su velo, en la frente, el sello bien conocido de la eternidad.